

U N A A S C E N S I O N A
L O S V O L C A N E S D E
C O S T A R I C A

K A R L S A P P E R

Libros Tauro

El 6 de marzo de 1899, partí de la aldea a las tres y media de la madrugada en compañía del guía y un indio, y a paso lento comenzamos a subir la pendiente por buen camino. Cuando llegamos a las primeras franjas boscosas a unos 1.850 ni de altura empezaba a amanecer el nuevo día. Hicimos un corto descanso y embelesado contemplé la fértil planicie a nuestros pies. Con sus ciudades y aldeas, sus plantaciones, praderas y prolijos caminos la asemejaban más a un paisaje europeo que a una región centroamericana. A través de espléndidas florestas, caracterizadas por una tupida espesura de bambúes que de tanto en tanto esconden algunos ejemplares de una conífera del tipo de los cipreses, alcanzamos el sencillo refugio El Monte (2.100 m.) donde tomamos un ligero refrigerio. Seguimos luego nuestra ascensión a través de hermosos bosques hasta una pradera algo pantanosa y, a poco, a unos

2.530 m de altura, nos encontramos en el borde de cráter del volcán activo Poás. El panorama que se tiene al emerger de la magnífica verdura del bosque y encontrarse de súbito ante el horripilante embudo del cráter, completamente desprovisto de toda vegetación, en cuyo fondo se encuentra un lago de aguas blancas y humeantes cual un enorme caldero de leche hirviente, es realmente sobrecogedor. De las borbotantes y arremolinadas masas de agua, se elevan sin cesar vapores blancos y de tiempo en tiempo, a intervalos irregulares, se hincha un determinado lugar del pequeño lago y entra en efervescencia. Durante un minuto se ve surgir de su seno una columna de varios metros de espesor de fango negruzco que se eleva hasta 5 0 7 metros, mientras que ondas concéntricas se precipitan hacia la orilla dentada para romper allí en espuma. Una enorme nube de vapor asciende con violento fragor y es empujada por el viento nordeste hacia la planicie en dirección sudoeste, de modo que en esa zona toda vegetación ha quedado extinguida y aun las rocas se ven descoloridas y disgregadas. Estas erupciones, parecidas a las de los géiseres deben haber sido grandiosas hacia fines del año 1888 y comienzos del siguiente, en un período en que todo el país se vio

sacudido por terremotos. En aquella ocasión Pittier midió con el teodolito una columna de barro y agua de 62 m de altura. ¡Qué tremenda debe haber sido entonces la agitación de las masas de agua cuando semejante columna de fango se precipitó y puso en incontrolable revolución el estrecho estanque! Pero aún hoy los fenómenos Son tan imponentes y fascinadores que a duras penas logra uno abandonar el espectáculo.

El descenso hacia el lago del cráter por la empinada, escarpa formada por escorias sueltas y bancos rocosos disgregados, es muy arduo y nada fácil, de modo que un par de veces coloqué a mi indio que trepaba por todas partes con pies livianos y ágiles, en un lugar seguro, a fin de dar desde allí un mejor sostén a mis manos mediante una cuerda que llevaba en mi equipo. A veces se descende por laderas sumamente empinadas, otras se emplean estrechos y desfiladeros por los que circulan tumultuosos cursos de agua. Dada la estructura porosa de las paredes, el agua se abre nuevos cauces durante la estación lluviosa. Por esta razón, nuestro guía se vio precisado a buscar a menudo nuevas variantes del camino para evitar las partes intransitables. Por este inconveniente, nuestro descenso nos demandó una

hora y el mismo tiempo el ascenso. El agua del lago registró una temperatura de 51°C y era tan acre que atacó enseguida la cápsula metálica de mi termómetro. Según las mediciones de Pittier el lago se encuentra a 2.277 m sobre el nivel del mar. Yo estimé su diámetro en unos 150 mts.

Al sudoeste del cráter activo del Poás, se encuentra otro volcán más antiguo y bien conservado, cuyo fondo está ocupado por un magnífico lago de aguas claras. Este lago podría tener un diámetro de unos 500m Y lo desagua un cristalino arroyuelo que fluye hacia el norte. Su forma es casi circular y su nivel -de acuerdo con las mediciones de Pittier- se encuentra a una altura de 2.564 m. El agua es de agradable sabor, razón por la cual los caminantes suelen abastecerse allí de agua potable. Las paredes que rodean este antiguo lago volcánico están cubiertas de bosques y alcanza la mayor elevación de toda la montaña (2.644 m.).

La perspectiva del Poás debe ser muy hermosa y no le iría en zaga en cuanto a su efecto panorámico a la del Trazú. Lamentablemente, no puedo informar en base a mi propia experiencia, por cuanto las nubes y, la niebla me persiguieron hasta allí. Hacia las dos y media de la tarde nos alejamos del cráter

del Poás y al caer la noche nos encontramos en San Pedro de la Calabaza.

Realicé luego una bella excursión a pie en compañía de mi indio hasta la bella aldea serrana de San Marcos de Dota y desde ese lugar hasta Cartago adonde llegamos en perfecto estado de salud el 11 de marzo al atardecer. Me movió a visitar la ciudad de Cartago nuevamente, el propósito de conocer la interesantísima colección de antigüedades de la señora Troeger y luego realizar desde allí la ascensión al volcán Turrialba.

Por fortuna, logré cumplir mis planes. Demandaría mucho tiempo y espacio describir aquí la rica colección de antigüedades, pero baste mencionar que proporciona una visión muy veraz de la cultura de los indios asentados en la meseta de Costa Rica y constituye un buen complemento de la colección nacional de San José, mucho más vasta, pero no felizmente ordenada.

El 12 de marzo a las cuatro de la mañana fuimos despertados por un intenso sismo, pero por suerte no pasó del susto. A fin de poder llegar ese mismo día al pie del verdadero cono del Turrialba debimos recorrer a pie el tramo de ferrocarril desde Cartago a Santiago (11 millas inglesas), pues era

domingo y se había suspendido el servicio del tren de la mañana. Desde el punto de vista del paisaje, el tramo es realmente bonito y tampoco carece de interés en cuanto al geológico, de modo que no me arrepentí de la caminata. A partir de Santiago (1.070 m) el camino asciende empinado hasta la aldea Cabbelladas (1.630 m.) pero a partir de allí, un emprendedor costarricense hizo construir un cómodo carril con amplio calvero hasta el Turialba y con ello abrió a las comunicaciones y al cultivo agrícola una nueva y promisoría comarca. Seguí este camino que conduce por magníficas selvas y bellos claros, hasta la hacienda de ganado de Santa Cruz (1.590 m) y por abrupto sendero hasta el refugio de Santa Elena (1-780 ni), donde llegué poco antes de anochecer. Sus moradores me brindaron una hospitalaria y cordial acogida.

Después de algunas negociaciones conseguí contratar a un joven y modesto muchacho en calidad de guía para realizar la ascensión de la montaña y el 13 de marzo, a la salida del sol, después de un saludable sueño, inicié la excursión en compañía del muchacho y de mi indio. Por un empinado sendero en pésimo estado, trepamos hasta un angosto claro, creado por la mano del hombre, entre espléndidos

muros de selva y al llegar a unos 2.600 m de altura abandonamos el claro para internarnos en la selva, donde las matas de bambú habían invadido va en varios lugares el estrecho sendero, de modo que el guía debió abrir camino a machetazos. A 2.800 mts. de altura habíamos traspuesto ya el límite superior del bosque y nos encontramos al pie del escarpado, y, verdadero cono de la cima, cubierto tan sólo por un manto más o menos tupido de *Caccineas*. Entre las *Vaccinitun*, *Floribundum* y *V. densiflorum* crecen también otras gramíneas y una hermosa *Melastomacea* (*Monocactuni*) junto a la encantadora *Castilleja irazuensis*. No obstante, la flora del cono del volcán Turialba es, en general, mucho más pobre que la de la cumbre del Irazú (según las investigaciones de Pittier), que por ciertos pormenores nos recuerda el carácter de la flora alpina y hasta presenta una especie emparentada con nuestro *Ede-lweiss* (*Gnaphalium attenuatum*). A mi juicio, la razón de la uniformidad de la flora del Turialba debe buscarse en las violentas erupciones del volcán, ocurridas hace pocos decenios (1864/65 Y febrero 1866). Las cenizas debieron destruir la capa de vegetación original de la cima, de modo que ésta no pudo ser repoblada sino por la invasión vegetal

proveniente de Irazú y, por la propagación de los resto, de plantas que lograron subsistir. En la parte superior del Cono del Turialba se muestra de manera muy ilustrativa cómo debía ocurrir el fenómeno: la capa de vegetación avanza más y más la forma circular hacia el cráter calvo e invade tramos cada vez más extensos de suelo, aparentemente estéril. Los bordes de la matas de *Vaccineas* penetran como lenguas en el árido terreno pedregoso.

Aquí y allá se han arraigado arbustos aislados, cual pioneros solitarios en medio de los pelados depósitos de lapilli y, luchan por estrechar cada vez más el cerco verde en torno a la boca de fuego de la montaña. Al cabo de los años logran su propósito, en tanto una nueva erupción no desbarate los esfuerzos realizados hasta el presente.

Debí conformarme con la grandiosa vista del cráter, pues las nubes habían tendido un denso velo por toda la Circundante y sólo emergían victoriosas las cumbres del Turialba y el Irazú, y cuando resolví escalar el pico más alto del primero (3.325 ni de acuerdo con las mediciones de Pittier), ya lo estaban envolviendo las nubes que se elevaban cada vez más. Debí desistir pues de mi propósito y limitarme a recorrer el cráter. En realidad, lo forman tres crá-

terres diferentes, dispuestos sobre un eje longitudinal noreste a sudoeste, y cada uno muestra sus características propias. La longitud total es de 1.400 m, su anchura la estimé en 300 a 400 mts.. El cráter occidental es el más reciente y fue escenario de la última erupción. Se encuentran aún allí considerables fumarolas activas, y los habitantes de la montaña van a recoger el azufre que evacua. el cráter central hay fumarolas más pequeñas de las que brota vapor de agua casi puro a + 75,4' C. El cráter oriental está extinguido desde hace mucho tiempo.

Después que he recorrido durante varias horas el interior de los diversos sectores del cráter, y siendo ya las tres de la tarde, abandonamos el lugar y la cresta sudoccidental (3.290 m) de la montaña, adornada con una cruz y emprendimos el regreso a Santa Elena, donde llegamos al anochecer. Los honrados y cordiales moradores de ese solitario refugio ya nos estaban esperando con una cena caliente, sencilla pero bien preparada. A la mañana siguiente volví a Cartago con mi indio y el 15 de marzo a San José para disfrutar de un breve descanso, antes de emprender mi próximo viaje a Talamanca.